

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

*Toynbee on Toynbee*, Oxford University Press, Nueva York, 1974.

Este último y reciente libro de Toynbee no es todo de Toynbee. Reúne, en efecto, una serie de conversaciones entre G. R. Urban —el interrogador muy enterado— y Arnold Toynbee, el interrogado. No encontrará el lector aquí las investigaciones detalladas y minuciosas del Toynbee de *Between Niger and Nile*, de *Constantine Porphyrogenitus and His World*, de los dos tomos de *Hannibal Legacy* ni, naturalmente, al filósofo de la historia del monumental *Study on History* (el *Estudio de la historia* publicado en español por Alianza Editorial). Quien busque en este libro grandes movimientos de grandes civilizaciones, quien busque en él los sistemas de nacimiento y caída de los pueblos; quien en él quiera encontrar refinados análisis de los retos necesarios para que una civilización nazca o tratar de buscar en él un conjunto teórico, quedará defraudado. No así quien busque el meollo mismo del pensamiento vivido y vital de Toynbee. Estas conversaciones son a Toynbee lo que fueron las entrevistas de Lucien Price a A. N. Whitehead: una “fe de vida”, una declaración simple y sencilla de lo que está por detrás de la obra y que, pensamiento vivido, está en las palabras del hombre. Quienes no hayan leído a Toynbee deberán sentirse atraídos a él por *Toynbee on Toynbee*; quienes lo hayan leído —filósofos, historiadores— deberán leerlo para ver la profunda unidad de una de las obras históricas y filosóficas-históricas “mayores” de este siglo. Confesión: entre los dos grandes filósofos de la historia del siglo XX: Spengler y

Toynbee, me quedo con Toynbee porque es menos totalizante y, por lo mismo, más amplio y más modesto.

*Toynbee on Toynbee* está dividido en dos partes: algo más teórica la primera (*Approaches*) y algo más polémica y materia de opinión la segunda (*Patterns*).

Si empezamos por comparar los métodos de la historia y los de la ciencia ¿habrá que pensar que el historiador es “arbitrario” mientras que el físico es riguroso? No al parecer de Fred Hoyle —citado por Urban— quien afirma, como afirman muchos físicos, que en el estudio de la naturaleza existen “ruidos” (por cierto, estos “ruidos” se llaman “azar” en la teoría genética de Monod: *Le hasard et la nécessité*). Ciertamente, hay ruidos y ruidos; los de las ciencias físicas se distinguen del puro azar, mientras que los de la historia se reducen a puro azar (Hoyle).

La respuesta de Toynbee habrá de ser doble. Por una parte tratará de encontrar un criterio de regularidad en la historia, por otro, de precisar el objeto de la historia.

En cuanto al criterio, Toynbee piensa que la distinción entre lo que es ley en la ciencia y lo que es ley en la Historia, es lo mismo. “Obviamente la naturaleza humana es mucho más sutil” que la naturaleza física. En ambas, ciertamente, deben buscarse regularidades —de no existir la ciencia y la historia serían, naturalmente, imposibles. Dificultades para establecer un criterio (y un método) históricos: pérdida de documentos del pasado, hecho de que la historia ha sido contada casi siempre por los vencedores (no hay una historia cartaginesa de Car-

tago), hecho de que muchas veces el testigo de la historia deforma la realidad (caso extremo moderno: Rosenberg, el teórico del nazismo), existencia de prejuicios conscientes pero, mucho más a menudo, inconscientes. ¿Cómo dominear estas dificultades? ¿Cómo, por decirlo con Paul Veyne, pensar que la historia es resumible en capítulos idénticos para épocas “llenas” y para épocas “vacías” o “semi-vacías”? (por cierto, Toynbee seguramente no conoce el excelente *Comment on écrit l'histoire* del joven y brillante francés de Aix-en-Provence). Las respuestas de Toynbee, aquí a modo de conversación y bajo la forma más de probabilidades que de certidumbres, son éstas: 1) el historiador debe elegir los hechos del pasado; estos hechos son complejos, no son “concretos” como los de la botánica; 2) el historiador debe ver —o ve, con Toynbee— el pasado de manera desinteresada aun cuando no deje de creer a medias, como lo cree Croce, que toda historia es historia contemporánea; 3) el historiador debe seguir —caso personal de Toynbee— las enseñanzas de Polibio, quien por vez primera trató de dar una idea total de la historia de su tiempo y quien inspiró a Toynbee al mostrar que existen regularidades históricas; 4) proceder siempre *empíricamente* —así lo hizo Toynbee en el *Estudio de la historia*, según esta confesión personal; 5) unir, no separar, la historia, la antropología, la sociología. . . para evitar, a) la idea universitaria de que solamente se es docto si se tiene un doctorado; b) saber que la historia implica todos los hechos —de la música a la antropología o a la ciencia misma.

Dice Urban que muchos han acusado a Toynbee de ver la historia de una manera prácticamente divina: en dos sentidos, con una suerte de omnisciencia y,

sobre todo, con una clara tendencia a relacionar historia y religión (en este punto se asemeja Toynbee a otro gran contemporáneo: Mircea Eliade, sobre todo al Mircea Eliade de *Mito y realidad*). A esta doble objeción responde Toynbee que no puede dejar de pensar en la totalidad de la historia —aunque no bajo la especie de la divinidad—, porque siente “que la familia de la cual es miembro es toda la humanidad desde los principios hasta el todavía no alcanzado final de la historia”. Contesta igualmente que el conocimiento del pasado conduce a un mejor conocimiento del futuro y que él, ‘hombre-Toynbee’, “se preocupa enormemente por el futuro”. Por otra parte, no hay que ser ni un diosencillo ni un profeta para el reto y la respuesta, el nacimiento de proletariados internos (formados por miembros de un país que no son del país: bárbaros en Roma, poblaciones minoritarias en los Estados Unidos) y desarrollo de proletariados externos que, sea dicho de paso, pueden, según Toynbee, llevar a un estado de sitio de las naciones “desarrolladas” por parte de las no desarrolladas. Toynbee contraataca: lo que sucede con los historiadores de nuestros días —y voy de acuerdo con él— es que tienden a perderse en el detalle y la minucia. La historia —Toynbee lo ha demostrado con creces— necesita minucia y detalle pero puede y debe convertirse en una interpretación global de la evolución de las civilizaciones, pueblos y ciudades. ¿Son verdaderas y reales las regularidades vistas por Toynbee? Aquí, su modestia, esta modestia a la cual me referí al principio de esta nota: Toynbee piensa que su idea de la historia puede ser controvertida; pero cree que es, en su mayor parte, exacta.

En suma: el criterio del historiador que quiera serlo de veras debe ser la

“naturaleza humana”. Esta naturaleza no ha cambiado; lo que ha cambiado es nuestro nuevo saber: ciencia y tecnología, de cuyos peligros Toynbee nos advierte con frecuencia y, con Bergson, sin mucha esperanza de éxito inmediato, recomienda una vuelta a la vida sencilla. Pero si la naturaleza humana es el criterio de la historia —el pasado, el presente, el futuro del hombre—, el criterio de la historia toda es la presencia de Dios en ella. Dejemos aquí hablar a Toynbee:

“Voy a decirlo negativamente. El hombre es un ser espiritual además de ser psicosomático y de ser un organismo y parte del universo. Pero es risible suponer que sea la forma más alta de la vida espiritual. El hombre es tan imperfecto y es una mezcla tan trágica de lo digno y de lo obscuro que es absurdo pensar que sea lo más alto de la creación. Esto, claro está, es un hecho de fe —no puedo demostrarlo...” Toynbee confiese que esta idea puede provenir de su infancia anglicana —más tarde abandonada—, pero insiste en que la naturaleza humana y, por lo tanto, la historia no pueden explicarse sin la teología, la historia nomotética y, sobre todo, los rituales de entierro y duelo.

En el campo de las opiniones piensa Toynbee que el error de la URSS y los Estados Unidos fue, después de la segunda Gran Guerra, el de convertirse en imperios. A los Estados Unidos —salvo el Este— les falta historia, cosa, piensa Toynbee, que no sucede en Brasil ni en México, donde vuelve a encontrarse en su casa al sentir la vejez de una y otra historia. En cuanto la URSS, Toynbee cree que ha continuado una larga tradición: nacida Rusia del Imperio bizantino, conquistada por mongoles, lituanos, suecos, polacos, Rusia *siempre* se ha sentido en una suerte de “estado de

sitio”. No es ajena a él el “nuevo zarismo” de Stalin y Brejnev. En cuanto al marxismo —no el aplicado, sino el de Marx mismo— no acaba de ser una religión porque es la consecuencia semi-religiosa del judeo-cristianismo. Como Maritain, piensa Toynbee que el marxismo es, las palabras son del filósofo francés, “una herejía del judeo-cristianismo —del cristianismo”.

Pero —habla Urban— ¿qué religión universal está a la vista? La pregunta es urgente si de veras las religiones universales —budismo, confucianismo, judaísmo, cristianismo— moldean la historia y le dan sentido. Piensa Toynbee que no existe una religión universal, pero que el mundo moderno —ciencia, técnica, imperios— constituye un reto para que pueda “rejuvenecerse” el cristianismo aunque este rejuvenecimiento lo hará prácticamente irreconocible si se lo compara con el de hoy.

Toynbee, partidario de una vida austera —él mismo afirma que en la Edad Media probablemente hubiera entrado en una orden monástica—, teme que la consecuencia de la situación actual será, inmediatamente, la formación de mayores y peores burocracias.

Acostumbrados como estamos —positivismo, marxismo, ciertas formas del utopismo— a interpretar la historia por sus causas materiales, las ideas de Toynbee —como las de Bergson o las de Mircea Eliade— podrán parecer en nuestros días fuera de lugar y tiempo. Creo —y es parcialmente un acto de fe este mi creer— que lo que condiciona la historia, aparte, sin duda, de elementos materiales, es de orden espiritual; creo, con Toynbee, en la necesidad de un rejuvenecimiento religioso y, como Toynbee, soy pesimista en cuanto a su proximidad.

Existe una larga línea de filósofos de la historia que han visto la historia

humana como la historia de la salvación: San Agustín, Bossuet, Vico —sobre todo Vico— y, en muy menor grado, Hegel, quien “racionaliza” demasiado la historia en cuanto ve en ella un proceso prácticamente exento de azar.

No discuto aquí las interpretaciones de detalle en la obra de Toynbee y, especialmente, en el *Estudio de la historia*, pero pienso que su idea es central y lo es especialmente en un mundo como el nuestro, en el cual los ideales se han convertido en ideologías de orden puramente pragmático. Concluye Toynbee:

“Creo en verdad que el espíritu humano tiene un valor absoluto, aparte de sus efectos en la sociedad” y, liberalmente, en esta tradición tolerante de Inglaterra: “Ésta es la voz de un historiador que cree que, a través del marro de la historia, Dios se revela a sí mismo, con luz tenue y parcial, a las personas que sinceramente lo buscan. *Quot homines, tot sententiae*: cada quien debe hablar por sí mismo.”

RAMÓN XIRAU

*Doctrina aristotélica de la justicia*, por Eduardo García Máynez. Colección Filosofía Contemporánea, Serie Antologías del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Imprenta Universitaria, México, 1974.

Tal vez por coincidencia, o quizá porque fue planeado así, sucedió que la nueva serie de la colección mencionada arriba, se inicia con el volumen presente —por más que en realidad no sea una “Antología”—, escrito por el Dr. Eduardo García Máynez, fundador de ese Ins-

tituto y director suyo durante un lapso de veinte años. Yo considero notable el hecho tanto por los méritos del maestro, como por el valor mismo de la obra. En efecto, la dedicación ejemplar del Dr. García Máynez al estudio, investigación y exposición de la filosofía del derecho, fue orientada ahora hacia el pensamiento griego, hacia los verdaderos creadores del filosofar, Platón y Aristóteles, ocupándose de éste en el presente libro y de aquél en otro, que ya prepara desde hace años y que llevará por título *Concepciones de la justicia en los Diálogos de Platón*.

Al hacer objeto de su investigación y reflexión la filosofía griega del derecho, así como la ética y política, puede decirse que el doctor García Máynez añadió a su propia formación y al campo de sus estudios un aspecto fundamental que, como él mismo confesaba, era una seria laguna en su filosofar. Tal vez él y otros que lo conocen bien, quisieran hacer una aclaración a mis últimas palabras y decir: “Nunca dejó el maestro de hacer lecturas y estudios sobre el pensamiento jurídico griego”, lo cual es cierto y merece ser dicho. Pero auténtica y estricta investigación no la hizo ni pudo hacerla, porque le faltaba el instrumento indispensable: *la posesión y dominio de la lengua griega*. Él, como todo verdadero investigador, estaba convencido de que no podía penetrar en la esencia de los conceptos ni en la génesis del pensamiento mismo de los griegos, sin poseer el idioma en que sus pensadores concibieron y se expresaron. Por esto, hay razón para decir que, aun cuando haya leído y estudiado en traducciones a Aristóteles o haya recorrido con avidez muchas y grandes obras sobre él —pero sin poder confirmar por sí mismo los asertos—, al doctor García Máynez le faltaba un elemento y factor importantísimo, si no